

7, enero, 2005

A todas las comunidades
Sobre la ayuda al Sudeste Asiático

Queridos hermanos y hermanas:

Cuando se produjo el terrible maremoto, pensé escribiros solicitando vuestra solidaridad urgente. En aquellos momentos era espontánea nuestra seria preocupación. Los medios de comunicación nos hacían viva y cercana la tremenda desgracia. Eran, además, los días de Navidad, cuando el Nacimiento del Señor hace florecer con fuerza la solidaridad y el sentido más hondo de humanidad y fraternidad.

Mi carta en estos momentos es para pedirnos con interés y confianza que mantengamos nuestra situación de alerta y de ayuda continuada. Las primeras ayudas exigen, a continuación inmediata, una solidaridad permanente y duradera. Sabéis que, a veces, cuando desaparece la noticia de los medios y el recuerdo deja de ser persistente, viene el olvido de esa tan dura realidad y nos aleja de la ayuda, que es necesaria por largo tiempo.

Desde allí nos piden, como testimonio impresionante, la ayuda de nuestra oración. Eso nos piden. Y, por medio de Cáritas, recibiréis un informe de la situación con las noticias que poseen y con otras demandas que nos hacen.

En algunas parroquias habéis pedido una colecta especial para esta dura situación. Os lo agradezco. Y a todas las parroquias y comunidades os encargo que, si no lo habéis hecho, en uno de los domingos de este mes, con la debida preparación y motivación, realicéis una colecta destinada a esta ayuda. Sin duda todos lo entendéis.

Podéis canalizar vuestras aportaciones a través de Cáritas Diocesana, y en las cuentas que indican.

He de alabar la respuesta generosa que están dando las instituciones y gobiernos. Son muchos los grupos de voluntarios en la zona afectada. Y, sin duda, he de destacar la presencia y la entrega sin reservas de nuestros misioneros y misioneras.

Ha sido muy dura y extensa la tragedia. El Papa ha pedido ayuda al mundo entero. Nuestra Iglesia Diocesana, que quiere ser buena samaritana, se hará presente con su oración intensa, con su recuerdo en las preces, y con su generosidad abundante. Aquellos hermanos han de recibir el calor sincero de nuestra cercanía efectiva.

Es verdad que, dentro de unos días, volveré a llamar a vuestras puertas, porque nos lo pide Manos Unidas. Haremos el esfuerzo por ayudar de corazón, como en otras ocasiones.

Os lo agradezco. Y lo hago también con mi oración por vosotros y por ellos. Vuestro hermano,